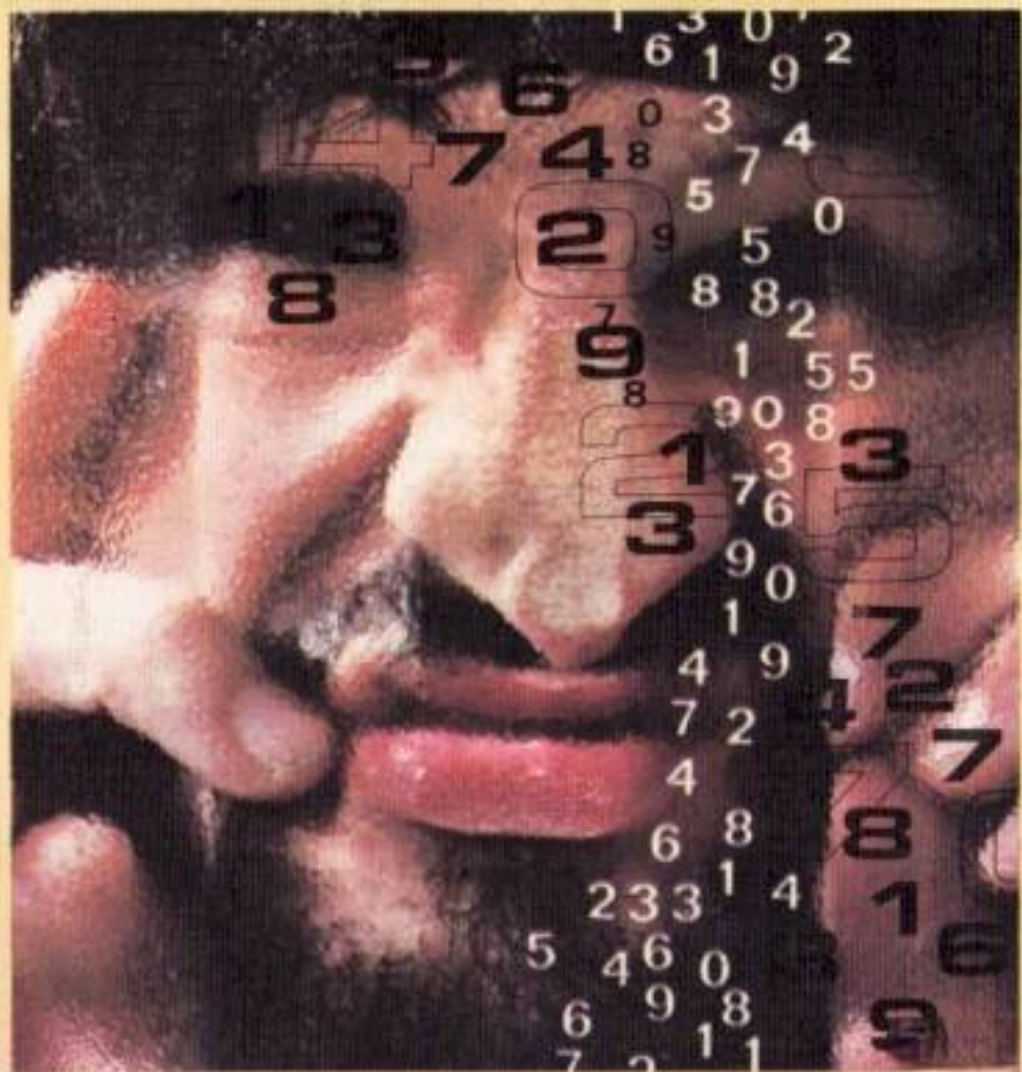


# Harry Dickson

jean ray

Los misteriosos estudios del Doctor Drum



Los misteriosos estudios del Doctor Drum, enigmático personaje supuestamente dedicado a investigación científica, originan unas situaciones desconcertantes por lo inverosímiles. Nuestro héroe se enfrenta en esta oportunidad a algo que desconoce «y quizá al final de la más terrible nada encontraremos algo tangible», anota en su diario. Finalmente, las criminales actividades del doctor Drum serán descubiertas, con la colaboración de su ayudante, Tom Wills, por el genial detective Harry Dickson.

## I - Dos ventanas iluminadas

*De repente, Harry Dickson se volvió, cogió violentamente a Tom Wills por el brazo y lo arrastró hasta la sombra de una callejuela cercana.*

—Su curiosidad podría haberme costado cara —gruñó coléricamente.

Tom Wills bajó la cabeza y confesó su falta.

Desde hacía ocho días su jefe salía todas las tardes sin decir nada, sin invitarle a él, a Tom Wills, su ayudante, sin demostrarle la más mínima confianza.

Y los últimos tres días el joven había seguido los pasos del detective. Aunque sin gran éxito: Harry Dickson se comportaba como un simple paseante, a no ser que fingiera pasearse, como al acecho, por los tristes barrios que se encuentran próximos a Southwark Park, donde van a morir los relentes y los ruidos del gran puerto cercano.

Pero he aquí que, súbitamente, el detective se había vuelto, descubriendo a Tom.

—Noche perdida —masculló—. En el fondo sabía perfectamente que usted me seguía desde hace tres días, Tom, y esto me divertía un poco. Pero ni el placer más perfecto puede prolongarse; hay que saber poner punto final a todo. Por esta noche ya es suficiente, pues ha estado a punto de hacerme perder el fruto de tantas marchas, contramarchas y reflexiones.

—Por favor, jefe —imploró Tom Wills—, no se haga el misterioso y dígame lo que está tramando.

Harry Dickson sacudió la cabeza con aire descontento.

—¡Larguémonos! Si el hombre a quien vigilo sospechara lo más mínimo, no apostaría por nosotros ni una perra gorda.

—¿Corremos peligro? —preguntó inocentemente el joven.

—¡Le repito que tendríamos tantas posibilidades de escaparnos de él como un cordero de las garras de un tigre!

Tom miraba a su alrededor; no vio más que caserones sombríos y almacenes y chabolas en ruinas. Distinguió una casa alta, repugnantemente sucia, que proclamaba a los cuatro vientos el más completo abandono.

—Lo he visto entrar varias veces en esa horrible casa —dijo.

Harry Dickson le puso nerviosamente la mano en la boca.

—Va usted a callarse de una vez, ¡maldito chiquillo! Vayámonos corriendo a casa, ¡si no, sería usted muy capaz de citar a las farolas como testigos!

Tuvieron que andar a buen paso durante más de un cuarto de hora antes de llegar hasta la primera estación de metro, que les llevó enseguida hacia el centro de la ciudad y a Baker Street.

Una vez en casa, Tom quedó bastante sorprendido al ver que su jefe miraba a su alrededor con desconfianza, como si esperara ver surgir a algún criminal escondido tras las cortinas o bajo la mesa.

Llamaron a la puerta y Dickson se sobresaltó.

Pero se trataba de la señora Crown, que venía a preguntar si ya podía servir el té.

—¡Está usted muy nervioso, señor Dickson! —exclamó el joven.

El jefe hizo un extraño gesto de aburrimiento y fastidio.

—¡Pues, sí! Sí, lo... confieso. Estoy nervioso. Siempre he oído que los cazadores de leones, al acecho, en la jungla, cuando oyen a lo lejos el rugido de la fiera que se aproxima

ma, no pueden reprimir un gesto de terror... ¡Oh, qué bien los entiendo ahora!

—Entonces, ¿es una fiera de gran tamaño lo que usted acosa? —preguntó Tom Wills con una curiosidad cada vez más intensa.

—No acecho a nadie. Me contento con observar. Pero tengo la impresión de que estoy ante una fiera mucho más temible que las que se acechan en la selva con un fusil en la mano.

—Sin embargo, no sé qué siga usted ninguna pista, señor Dickson.

—Eso es verdad, Tom —contestó el jefe—, pero me temo que no tardaré en seguirla.

El joven hubiera querido continuar haciendo preguntas para obtener de su jefe algunas informaciones suplementarias, pero éste había empezado a hojear los periódicos y sólo respondía con aburridos y descontentos monosílabos.

A Tom Wills le gustaba observar a Dickson en el curso de sus lecturas. Eran los únicos momentos en que su rostro no permanecía impenetrable; algunas veces manifestaba una fugitiva emoción. Tom se decía entonces que iba a haber algo nuevo.

Iba a dedicarse a observarlo cuando vio que la frente del detective se arrugaba.

«¡Menos mal! Creo que no nos enmohecemos de inactividad», se dijo Tom.

Harry Dickson rayó maquinalmente con la uña un artículo del periódico, que dejó a un lado para coger otro.

Con mucho cuidado, su ayudante recogió la hoja desheñada y buscó el artículo señalado. Lo encontró, pero se sintió defraudado. Era un simple recuadro que anunciaba una conferencia cultural en el auditorio de la Universidad Industrial de South Kensington.

—Me pregunto por qué una conferencia sobre matemáticas superiores da la impresión de que lo pone frenético —dijo maliciosamente.

Harry Dickson volvió a dejar a un lado el periódico.

—¡Endiablado muchacho! —exclamó—. ¡Ya sé por qué hay que desconfiar de usted!

Pero Tom se dio cuenta con alegría de que su jefe estaba mucho menos molesto de lo que pretendía demostrar.

—¡Escuche, hijo mío! Un día u otro quizá tenga que ponerlo al corriente de lo que hoy no son más que vagas aprensiones. Veamos, ¿qué cuenta ese pequeño artículo?

—Que el doctor Drum hablará de probabilidades hipergeométricas... —respondió lastimosamente el joven—. ¡Al diablo si sé lo que esto significa!

—Tampoco yo estoy mucho más instruido en esas materias de la alta abstracción matemática, en las que solamente se aventuran algunos de los sabios notables —reconoció Harry Dickson.

—Como el doctor Drum, una de las glorias de la ciencia moderna —acabó Tom Wills.

—Como el doctor Drum —murmuró Dickson como un eco.

Tom Wills lo miró con estupor.

El rostro del detective se alteró, manifestando inquietud, incluso terror; el joven no estaba acostumbrado a ello.

—¿Qué piensa del doctor Drum? —le preguntó.

Harry Dickson se sobresaltó.

—Ya le he dicho que estoy nervioso, Tom... Bueno, ya que estoy dispuesto a hacerle algunas confidencias, sepa que es justamente al doctor Drum a quien estoy observando.

Tom Wills abrió desmesuradamente los ojos.

¡El doctor Drum! ¡Ese sabio que el mundo entero envidiaba a Inglaterra! ¡Ese asceta que pasa los días y gran parte de las noches escribiendo ecuaciones en una pizarra; que va a la Universidad a dar sus clases de matemáticas superiores con una vocecita monótona y agria, de la cual nadie piensa burlarse; que declina los honores y recibe con aire distraído y aburrido a sus más célebres colegas! Ese sa-

bio vive casi en la miseria, no tiene ninguna necesidad, sólo se preocupa de tener bastante tiza en la mano para garabatear sus ecuaciones y sus integrales. ¿Y es ese hombre prodigioso quien ha atraído la atención del detective?

Todo esto, Tom Wills lo consideró en un instante, y no tuvo necesidad de decirlo en voz alta, puesto que su jefe lo leyó en su estupefacta mirada.

—No me diga nada, querido Tom. Sé todo lo que está pensando. Pero si me aseguraran que en ese momento el doctor Drum nos oye y que podría, si quisiera tomarse la molestia, aparecer ante nosotros y reducirnos a polvo, no lo consideraría imposible.

—¡Pero ese hombre no es un criminal! —exclamó Tom Wills.

—Por el momento, no —confesó Dickson—; por lo menos yo no lo creo. Pero ¿no podría serlo? Suponga que un hombre adquiere un poder sobrehumano y que, a fuerza de estudios, ese hombre se limita a ser un cerebro y que ese cerebro le arrebatara hasta la última partícula de corazón, por así decirlo; ¿no se convertiría ese hombre en una especie de demiurgo sin piedad con relación al resto de la humanidad?

—Pero ¿qué ha conseguido descubrir?

—¡Aún no sé nada!

—¿Cómo? —El joven estaba cada vez más asombrado—. ¿Y se alarma de esa manera? Si el doctor Drum fuera un físico, un químico o un biólogo, sería explicable. Yo podría creer que había descubierto un nuevo secreto de la materia, capaz de jugar una mala pasada a la humanidad. Pero el profesor es un matemático, y las ecuaciones, que yo sepa, jamás han matado a nadie.

—Su razonamiento es perfectamente humano, pero sólo es humano, y es de eso de lo que peca —respondió Dickson—. ¿Conoce usted a Caryble?

—¿Mycroft Caryble? ¿Ese profesor de Oxford que vino a verle la semana pasada? También es un gran sabio, ¿no es

cierto, señor Dickson?

—Lo era, Tom, lo era —respondió Harry Dickson moviendo tristemente la cabeza—. El profesor Caryble juega en este momento con pequeños soldaditos de plomo en una clínica para enfermos mentales. Y no saldrá jamás de ella.

—¿Y usted relaciona esa... desgracia con los estudios del doctor Drum? —preguntó Tom Wills con angustia.

—La expresión que ha usado es totalmente correcta, Tom —respondió gravemente el detective—, «con los estudios del doctor Drum».

—¿Los conoce? ¿Sabe de qué tratan?

—¡En absoluto! Sé que se ocupa de las matemáticas puras. Pero aún no alcanzo a imaginar de qué manera pueden relacionarse con una acción material, inquietante e incluso terrorífica.

»Cuando el profesor Caryble vino a verme, me dijo: "Señor Dickson, soy un anciano y creo que mis días están contados. Pero no quisiera dejar este mundo con un peso sobre mi conciencia".

»Este peso puede parecerle muy extraño y me costará bastante trabajo conseguir que me comprendan, incluso que me comprenda usted.

»Usted ya conoce a mí sabio colega, el doctor Drum. Sé que sus trabajos superan a los nuestros de una manera vertiginosa. Pero no es ni un charlatán ni una persona confiada. Sin embargo, yo le pido lo siguiente: impídale que realice ciertas experiencias. ¿De qué naturaleza son?, me preguntará. ¡Ah!, aún no lo sé, y es una hipótesis el decir que deben ser de orden metafísico. El otro día, tras de la reunión preparatoria para el próximo congreso de matemáticas, me dijo: "Una ecuación de cuarentavo grado, Caryble. ¿Se da usted cuenta de la importancia que esto puede significar?".

»Uno nunca se debe asombrar con Drum: es de una inteligencia increíble. ¡Pero una ecuación de cuarentavo gra-

do! Pertenece a lo que los matemáticos que se atreven a afrontar las tinieblas de la hipergeometría llaman la cuarta dimensión.

»Me permití esbozar una sonrisa, que Caryble pareció no ver.

»—La cuarta dimensión —dije un tanto incrédulo—. Eso parece propio de un relato de fantasía. Según el parecer de ciertos metafísicos o brujos modernos, sería un mundo invisible, situado sobre el nuestro, acaso monstruoso. Los espiritistas suponen que los espíritus de los muertos están situados en ese plano de brumas y humos.

»—Es poco más o menos eso, dicho de una manera que pueda entender todo el mundo —aprobó Caryble—. Pero supongamos que alguien pudiera abrir esa puerta secreta. ¿No inundaría nuestro pobre mundo sublunar con las peores fuerzas del mal?

Tom Wills interrumpió a Dickson.

—No olvide que en este momento el profesor Caryble está loco, jefe. Una aprensión de ese tipo muy bien podría ser un síntoma precursor de su demencia.

—Es de lo que estoy intentando convencerme, Tom —asintió el detective—. Sin embargo, no creo que el cerebro del doctor Caryble estuviera enfermo cuando vino a verme. Y son sus palabras de despedida las que oigo continuamente: «No me atrevo a creer que Drum haya alcanzado tan vertiginosas alturas matemáticas ¡Pero Dios quiera que no sea así, ya que, por amor a la ciencia, sería el peor, el más despiadado enemigo de los hombres!».

—¿Piensa usted que el doctor Drum ha alcanzado ese prodigioso y enigmático descubrimiento? —preguntó Tom.

—Quizá... ¿Se acuerda de aquella casa alta y sombría, de la callejuela cercana a Southwark Park? Era, desde hace ocho días, mi observatorio. Ayer estuve allí y me había apostado en una de las ventanas del último piso.

»Desde ella domino un triste barrio lleno de miseria y con la ayuda de unos buenos prismáticos, puedo observar

muchos interiores desprovistos de la discreta protección de persianas y cortinas.

»Una de esas ventanas permanece iluminada hasta altas horas de la noche. Dentro del campo de visión de mis gemelos veo una habitación llena de libros y papeles, lo más sórdida que imaginarse pueda; una de las paredes está ocupada totalmente por una enorme pizarra. Es el cuarto de trabajo del doctor Drum. Se queda, noches enteras, inclinado sobre gigantescas anotaciones; de vez en cuando se precipita literalmente sobre la pizarra y se pone a escribir febrilmente ecuaciones, mantisas de logaritmos.

»Ahora bien, desde hace tres días...

Harry Dickson suspiró y sacudió la cabeza, como si él mismo no creyera en lo que decía.

—Pues, bien, ¡desde hace tres días baila delante de la pizarra!

\* \* \*

—¡Tom, estaré todas las noches al acecho!

Harry Dickson dijo esta frase con gran energía, casi con desesperación. Después se puso a ordenar papeles, comprobó su revólver y llenó de té caliente un termo.

—Jefe, le acompaño —dijo Tom.

—Muy bien, hijo mío. Lleve una botella de *whisky*. Eso nos ayudará a pasar las horas, quizá interminables, en una habitación vacía, donde las ratas organizan un infernal aquelarre.

La noche era agradable y clara; Tom lo hizo notar, añadiendo que su visión no estaría empañada por la niebla.

—Hace un momento, señor Dickson, dijo usted que si nos descubrían nuestra vida no valdría nada. ¿En qué pensaba al decir eso?

—Tom, sólo es una corazonada. Pero una de esas corazonadas que nunca me han fallado.

»El doctor Drum es un hombre de apariencia tranquila e inofensiva, pero cuando le vi agitarse frenéticamente delante de su pizarra sentí un verdadero terror. Parecía que algo

inhumano le obsesionaba, le agitaba. ¿Ha visto alguna vez la danza de la tarántula?

—No... ¿Qué quiere decir?

—La tarántula o araña de arena es el más abominable monstruo en miniatura que se puede encontrar. Cuando está furiosa baila. Y, aunque no sea mucho más grande que el puño de un niño, se retrocede con terror ante la danza rabiosa y asesina de ese insecto venenoso. Por eso, cuando vi a Drum agitarse de una forma parecida, inmediatamente acudí a mí memoria la imagen de la horrible araña y algo intangible, pero insoportable, pareció cernirse sobre mí y... huí, Tom. Sí, ¡no pude continuar viendo aquello!

Habían sonado las once cuando atravesaron el River; después ganaron, en un sórdido autobús de barrio, Southwark Park, sombrío y silencioso.

A pesar del buen tiempo no había nadie, excepto gatos famélicos, en los alrededores de la callejuela donde Tom había encontrado a su jefe a la caída de aquella tarde.

Harry Dickson, con una llave maestra, abrió la puerta de la alta casa negra. Una legión de ratas huyó chillando en cuanto entraron.

Los carcomidos peldaños de la escalera gimieron bajo sus pies; en el tercer piso, el detective empujó la puerta.

—¡Nada de luz, Tom! —ordenó.

A tientas, encontró dos escabeles y los colocó delante de la ventana.

Ante ellos, las luces del lúgubre barrio se fueron apagando poco a poco; las luces de arco de la estación de South Bermondsey eran lo único que lucía en la oscuridad. Las señales del ferrocarril de Surrey pestañeaban, amarillas, rojas y verdes. Locomotoras en maniobras pasaban silbando. Una inmensa desolación se cernía sobre la deslucida decoración nocturna.

—¿Dónde está la habitación de Drum? —preguntó Tom en voz baja.

—Allí, en aquella manzana de casas. Debe dar a un patio trasero, pero en este momento no está iluminada. No olvide que el profesor pronuncia una conferencia en South Kensington. Hemos de armarnos de paciencia.

—Habríamos hecho bien asistiendo a esa conferencia — declaró Tom Wills.

—¿Por qué? Probablemente no habiéramos entendido ni jota de todo lo que ese sabio haya tenido a bien comunicar al puñado de matemáticos que fueron a escucharle. Nuestra presencia podría haber sorprendido a algunas de las personas asistentes, entre ellas el mismo doctor Drum. Y en ningún caso quisiera atraer su atención sobre nosotros.

—¡Dios mío, qué largo se me hace el tiempo! —se quejó Tom.

Y se estremeció al oír la desenfrenada carrera de las ratas por las vacías habitaciones de la casa abandonada.

Las agujas luminosas del reloj del detective señalaban las doce y media, cuando Tom oyó a su jefe respirar profundamente.

Se volvió hacia él y se dio cuenta que acababa de dirigir sus gemelos hacia la sombría manzana de casas adosada al terraplén del ferrocarril.

El joven siguió la dirección del anteojo y vio dibujarse en la oscuridad un cuadro amarillo de una claridad muy intensa.

Por su parte, dirigió sus gemelos Zeiss hacia allí.

Entonces vio la habitación tal y como se la había descrito su jefe.

Del techo pendía una potente lámpara eléctrica, que inundaba la pieza con una claridad cruda e insolente. La pizarra tenía rayas de tiza blanca; los libros y papeles se amontonaban sobre una gran mesa; otros llegaban hasta media altura de las paredes.

De pronto, una sombra se dibujó en la pared del fondo: acababa de abrirse una puerta y luego cerrarse; un hombre alto, con los hombros encorvados, entró en la habitación.

—Es él —murmuró Harry Dickson.

El doctor Drum se afanaba alrededor de la gran mesa amontonando febrilmente los libros y papeles, de los que surgió una nube de polvo.

—¡Pero si se está preparando para marchar! —exclamó Tom Wills—. Mire, está apilándolos todos en una maleta.

El sabio se apresuraba. Cuando hubo llenado su maleta cogió un trapo y limpió rápidamente la pizarra. Esta vez fue una nube de tiza blanca lo que invadió la habitación.

—¿Por qué esa prisa? —murmuró otra vez el joven.

—Es extraña —repuso Harry Dickson pensativamente—. ¡Se diría que ese hombre también tiene miedo!

El doctor Drum había entreabierto la puerta y se le veía asomarse a la oscuridad del pasillo, escuchando ansiosamente.

A través de sus potentes gemelos, Tom Wills podía contemplar perfectamente al sabio. Sus cabellos, bastante largos, eran de un singular color rubio estropajoso; su rostro, arrugado y demacrado por el estudio y las vigiliass; sus ojos, profundamente hundidos en las órbitas parecían muy negros, incluso vistos desde lejos; en conjunto, el doctor Drum parecía menos viejo de lo que Tom esperaba. Llevaba una levita azul, pasada de moda, flotando en descuidados pliegues a lo largo de su delgado cuerpo. Las manos, largas y ágiles, se agitaban continuamente, nerviosas y febriles. De repente le vieron hacer un gesto de suprema decisión, como alguien que lanza un «¡allá va!» a la aventura, y cerrar el conmutador.

La habitación se desvaneció entre las tinieblas de los alrededores.

—¡Se ha ido! —exclamó Tom.

—¡Venga! —ordenó rápidamente el detective.

—¿Adónde vamos, jefe?

—A hacer una visita a la habitación que acaba de dejar. ¡Quizá haya allí algo que nos interese!

Se encontraban en la calle, orientándose, cuando un objeto pesado golpeó a Tom en el hombro. El joven difícilmente pudo reprimir un grito de dolor y se volvió en redondo para intentar descubrir a su agresor.

Pero la calle estaba vacía y más silenciosa que nunca.

Harry Dickson se agachó y levantó el objeto que acababa de golpear a su ayudante; eran unos prismáticos marinos de último modelo, a los que el fuerte golpe había producido la rotura de los cristales.

Lentamente, el detective inspeccionó todas las siniestras casas que les rodeaban; pero nada se movía y todas las ventanas permanecían cerradas.

—Es inútil que perdamos más tiempo aquí —murmuró Dickson—. Nos quedaríamos hasta mañana sin esperanza de descubrir nada más; y el tiempo apremia bastante más de lo que yo pueda suponer.

Atravesaron la vía del tren, pasando bajo el alambre de espino que impedía el paso, intentando seguir la línea recta que debería llevarles a la manzana de casas que habían estado observando.

Aún tuvieron que dar muchas vueltas antes de pararse delante de un inmueble de apariencia pobre, precedido por un jardincillo macilento y descuidado.

—La verja está abierta —dijo de pronto Tom Wills.

Atravesaron el pequeño jardín y subieron una minúscula escalinata de piedra, que conducía a una puerta de madera pintada.

Tom Wills puso mala cara: ¿era ésta la residencia de uno de los más grandes sabios de los que se enorgullece la ciencia?

Harry Dickson no perdía el tiempo en reflexiones tan vanas y frívolas, y con sus ganzúas trabajaba ya en la cerradura.

Ésta no presentó ninguna complicación y cedió enseguida.

El detective aspiró el aroma que había en el corredor. Era glacial, olía a agrio y a moho. Conocía muy bien el insípido olor a humedad, que denotaba el abandono.

—Apostaría a que cuando empujemos las puertas de estos salones y de las otras habitaciones no encontraremos más que vacío y polvo —murmuró irónicamente—. Esto ya nos ha sucedido más veces, Tom, y de todas maneras, nos dice algo del asunto.

Tom ya había pasado a la acción abriendo una o dos de las puertas en cuestión.

Su jefe no se había equivocado.

—Esto nos demuestra —dijo Tom a su vez— que el doctor Drum posee una casa en algún otro sitio, posiblemente mejor instalada que este nido de ratas.

—Sin ningún género de dudas, Tom —aprobó el detective subiendo la escalera.

En el primer piso se encontraron frente al mismo vacío, y sintieron un cierto malestar.

—La ventana iluminada se encontraba en el segundo piso y daba al patio —declaró Tom Wills—. Debe ser la única habitación amueblada de toda la casa.

Habían llegado al rellano del segundo piso. En él, solamente había dos puertas y en el techo una trampilla que daba al desván.

—Nada —dijo Tom empujando la primera puerta.

—Nada —fue la exclamación del detective al abrir la otra...

¡La casa estaba totalmente vacía!

Harry Dickson se abalanzó hacia la ventana y escudriñó la noche con una mirada.

—De todos modos, estamos en el lugar exacto, Tom. Mire allá lejos la ventana desde donde hemos estado vigilando. Le digo que ésta es la habitación que hemos estado observando gran parte de la noche, y que no he perdido de vista las noches anteriores.